

suelatamente a que sus tropas entraran en la población.

Causóle a Ligier-Belair gran sorpresa una intimación semejante, y esta sorpresa llegó a su colmo al notar, con ayuda de un antejo, que el pueblo no estaba murado, y si bien gran muchedumbre ocupaba las eras, su armamento era muy deficiente, pues solo se divisaban algunas escopetas y trabucos, siendo hachas, hoces, espadas y palos, las armas que ostentaban los más.

La contestación del general francés a los comisionados, para ser transmitida a las autoridades de la población, fué que sus escuadrones no trataban de apoderarse de Valdepeñas, donde solo se detendrían el tiempo necesario para tomar raciones, pues iban de paso para Andalucía.

Corren velozmente los comisionados a la orilla de la Ciudad, donde espera la Junta de defensa, que no acepta dichas proposiciones, y tornan a participar a las tropas francesas la resolución del pueblo, que no tolera el paso por la calle Ancha, a menos que las armas y caballos sean conducidos por fuera de las casas y por paisanos, al extremo opuesto de la población.

De nada sirvió que el general francés obligase a los comisionados a mirar por su antejo, para convencerles de que el vecindario estaba desarmado y sin condiciones de defensa. En vano también que los parlamentarios participasen al pueblo que Ligier conoce las deficiencias del armamento y trae muchos caballos. Proponen don Juan Antonio León y su compañero, que las tropas continúen su marcha dando vuelta a la Ciudad; es inútil, e inútil también que varias personas interpongan su autoridad e influencia, esforzándose en probar la temeridad de la empresa: los franceses se obstinan en no abandonar la carretera y los bravos hijos de Valdepeñas, cada vez con más tesón, les niegan el paso (1).

La insistencia del francés en mirar con su antejo, repitiendo que nada podían hacer los valdepeñeros, por carecer de armamento, motivó la famosa frase de don Juan Antonio León, «la falta de buenas armas la suplirá nuestro pecho,» que irritando a Ligier despidió a los parlamentarios, asegurándoles penetraría en la población a sangre y fuego. Esta contestación comunicada inmediatamente a los paisanos, aumentó en tales términos su entusiasmo, que arrojando por alto las monteras prurriendo en gritos de mueran los franceses, viva la Virgen de Consolación.

Los preparativos de defensa estaban terminados: todas las calles que desembocan en la calle Ancha, tenían cortada la entrada con carruajes de labor; los tejados, ocupados por los más resueltos, estaban cubiertos de piedras y ladrillos que esperaban la ocasión de caer sobre el enemigo, mezclados con las tejas; las fuertes maromas de esparto destinadas al servicio de los pozos, atadas a las rejas de una y otra acera, estaban dispuestas a conveniente altura para cortar el paso a los caballos y obligarles a caer; las rejas de los arados y hierros de dos puntas, de que fabricaron gran cantidad, sembraban a trechos de la calle, enterrados hábilmente y cubiertas de arena sus puntas, para que se hiriesen los caballos y no pudieran librarlas; los jóvenes más arrojados, entre los que se hallaba don Francisco Abad Moreno (Chaleco), que tanto había de distin-

guirse después como guerrillero (1), esperaban en las esquinas, con cuerdas que cruzaban la calle, dispuestos a echar por tierra a jinetes y caballos.

Las mujeres, niños, ancianos e impedidos, que no podían tomar parte en la refriega, ocultos en las cuevas destinadas al vino, en silencio y en la más completa oscuridad, a pesar de tener a su lado todas las luces de las casas, para que los franceses no pudieran utilizarlas en su persecución, sin descuidar los medios defensivos que a cada uno proporcionó su ingenio, esperaban el resultado de aquella jornada que había de cubrir de gloria a Valdepeñas. Como aquellos hechos veníanse preparando de antemano, fueron muchas las cuevas cuyas puertas, cubiertas disimuladamente con esteras, leñas, tierras u otros objetos, ponían a sus moradores a cubierto de todo peligro. Las cuevas de la iglesia parroquial, destinadas anteriormente a enterramientos, estaban materialmente ocupadas por mujeres y niños. Aunque los franceses no penetraron en la iglesia, poco faltó para que las allí refugiadas, a pesar de la defensa de las madres, no ahogasen entre sus manos a los niños que lloraban (2). Puede asegurarse que sin las cuevas, de que están dotadas casi todas las casas de Valdepeñas, la mortandad hubiera sido horrorosa.

Al ponerse en movimiento la caballería francesa, la multitud que aún permanecía en las eras contemplando al enemigo, se retiró a las casas dispuesta a matar franceses. Los centinelas situados en la torre parroquial, hacen señal de que algo ocurre, y contestan las preguntas que les dirigen desde la plaza. Todos corren a ocupar los sitios de mayor peligro. Los tejados de la calle Ancha, principalmente en aquellos puntos en que varias cuerdas dificultaban el paso de la caballería, son asaltados por el paisanaje que sin cesar se corre de uno a otro tejado. Por aquellas alturas apenas se distinguían algunos escopeteros, bien provistos de municiones, parapetados con las campanas de San Marcos y de San José, o detrás de alguna chimenea. Todos esperaban impacientes la llegada de los contrarios.

Los franceses que marchan con lentitud, sin dejar la carretera, se detienen a un kilómetro de la población y ocupan el llano de la izquierda. Dos columnas de caballería se destacan del grueso de las tropas y rodean la ciudad. Terminada esta operación, Ligier-Belair, según costumbre de los franceses, mandó por delante una descubierta.

A las nueve de la mañana, del 6 de Junio de 1808, con paso acelerado y baciendo alarde de su fuerza, entraron los escuadrones de caballería por la calle Ancha. Las campanas tocan a rebato; resuena por los aires el grito mueran los franceses, viva la Virgen de Consolación (3); los jinetes son heridos por las balas, piedras, tejas y demás proyectiles que se lanzan desde las ventanas, bocacalles y tejados; los caballos, detenidos en las maromas que obstruyen la calle, no pueden huir, se hieren con los pinchos de que está erizado el suelo, y caen en las maromas o despiden a los soldados al ser molestados con los objetos que les arrojan. Los franceses, ante los obstáculos que embarazan su marcha y aquella lluvia de proyectiles de todas clases, lejos de atacar al vecindario, apenas

(1) Tenía 20 años de edad y vivía calle Ancha, número 40, donde nació el 24 de Abril de 1788. Arch. Parroquial, lib. 21 de baut. folio 78 vuelto.

(2) Así lo oímos referir a doña Joaquina Merlo y Fernández, una de las enterradas en aquellos subterráneos.

(3) *Apuntes históricos acerca de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Consolación, Patrona de Valdepeñas.* Por don Antonio José Vasco y Santamaría. 1867. MS. Pág. 10.

si pueden dirigir los caballos que tropiezan y caen los unos sobre los otros.

También las mujeres toman parte en el ataque, arrojando a las tropas todo cuanto encuentran a su alcance, sin omitir los enseres de cocina, tizones, y hasta aceite y agua hirviendo, distinguiéndose notablemente por su arrojo Juana Galán, agraciada joven conocida por *La Galana*, que desafiando el peligro se situó en la puerta de su casa, calle Ancha, número 6, armada de una cachiporra, con la que daba en la cabeza a cuantos caían de los caballos en las inmediaciones, causando la muerte a numerosos soldados (1). Tan heroico fué el hecho de *La Galana* que hoy mismo no hay valdepeñero que lo ignore, por haberlo todos oído referir con admiración a sus antepasados. La imaginación popular valdepeñera, al proparar sin fundamento alguno la especie de que a Juana Galán van a erigir una estatua, sanciona su heroísmo, pues algo merece la que luchó contra los franceses, a los veinte años, y tenía en su corazón tan arraigado el patriotismo que al casarse, dos años más tarde, eligió para hacerlo el día *Dos de Mayo*. ¡Lástima que esta heroína falleciera tan joven que no cumpliera los cinco lustros de edad! (2).

Uno de los valdepeñeros que relataron la heroica defensa de Valdepeñas contra los franceses (3), asegura que entraron primeramente como unos cincuenta de caballería: por la calle Ancha, quedando todos muertos. Otro escritor refiriéndose, a dicha calle, afirma estaba «interceptada en términos, que cuando entró a escapar una compañía de caballería, tocando a degüello, sólo un trompeta escapó a dar cuenta al general (4)».

Penetraron después tras breves intervalos, uno en pos de otro, nuevos refuerzos de caballería, con orden de cruzar la población sin ob tener mejor resultado que los anteriores. Solo unos soldados, que faltando a la orden recibida abandonaron la carretera y salieron por otras calles, pudieron referir al general francés lo que ocurría dentro de Valdepeñas.

Convencido al fin Ligier-Belair de que el paso por la calle Ancha era imposible, teniendo en ella más de cien cadáveres de los suyos, dispuso que fuerzas de caballería e infantería entraran por los costados de la Ciudad, incendiaban las casas y matando a cuantos encontraran.

Todo fué cumplido con puntualidad. Viejos, mujeres, enfermos y hasta niños de corta edad, murieron inhumanamente. Con los mixtos incendiarios y camisas embreadas que utilizaron las tropas, la faena de quemar edificios fué rápida (5), debido a que muchos estaban ya sin tejas, y a la facilidad con que fueron pasto de las llamas los pajares y depósitos de gavillas de sarmientos que existían, como hoy, en todas las casas.

Aunque los franceses entraron en la población por diversos puntos, no por esto dejaron de ser perseguidos por las calles y hostilizados desde las casas, sembrando de cadáveres unas y otras. La lucha se extendió por toda la Ciudad, y si bien en la calle Ancha continuó más encarnizada que en parte alguna, en otras calles, como sucedió en la del Pangi-

(1) Se menciona, a Juana Galán, en *Valdepeñeros Ilustres*, pág. 188.

(2) Juana Galán nació en Valdepeñas, el 25 de Octubre de 1787; casó el 2 de Mayo de 1810 y murió el 24 de Septiembre de 1812. Arch. Parroq., lib. 21 de baut., folio 44 vuelto; lib. 8 de mat., folio 208 vuelto; lib. de dif. principiado en 18 de Agosto de 1805, folio 282.

(3) García Maroto. MS. citado. Pág. 33.

(4) *Estadística Histórica de la villa de Valdepeñas.*—Por don Norberto Francisco de Santa María. 1840. Página 20.

(5) «Con unos cohetillos que echaban a los fusiles y cuando tiraban a donde daban quedaba ardiendo.» García Maroto. Pág. 35.

no, murieron y acaso fueron sepultados muchos franceses. El punto donde más soldados perecieron, debido a las varias cuerdas situadas en él y a las muchas personas que atacaban desde las casas próximas, fueron las esquinas de San José, donde quedaron franceses y caballos horriblemente mezclados, en tal cantidad, que al día siguiente se formó una hacina con los cadáveres de los soldados.

Para dar idea del tesón de los valdepeñeros en el ataque, baste decir que varios de ellos, desde las casas incendiadas, continuaron arrojando tejas y piedras al enemigo, con tal denuedo, que cuando quisieron huir del incendio cayeron revueltos entre llamas y escombros.

Si dentro de la ciudad la lucha favorecía a los paisanos, por guarecerse en las casas, en las inmediaciones la escena era muy distinta. Los que huuyendo del peligro salían al campo eran perseguidos y muertos por la caballería que rodeaba la población. Debido a que muy pocos abandonaron las casas, no hubo que lamentar más víctimas, pues se refiere como extraordinario el caso del que logró escapar con vida, merced a la escopeta vacía con que apuntaba al que se adelantaba, andando para atrás, teniendo la suerte de librarse de los varios disparos que le hicieron.

Eran las seis de la tarde. Los gritos, disparos e incendios seguían por todas las calles. Franceses y valdepeñeros estaban rendidos y desmayados. Allí no se veía el término de la pelea, cuando don Luis Valdelomar, uno de los que estaban en la torre de la parroquia temiendo que el incendio destruyera la población, guiado de su solo parecer, ató un paño de altar a una de las varas del palio, a modo de bandera, y la colocó en la campana que mira al norte.

La insignia no tardó en ser vista por los combatientes, merced a la esbelta torre parroquial, siendo acogida con entusiasmo; todos necesitaban descanso y reparar sus fuerzas, pues la «fiereza y atrocidad con que unos y otros combatían eran tales, que temiendo quedar todos anonadados recíprocamente, convinieron poner término a tantos horrores (1).»

D. Miguel de Gregorio (el Mercader) que detenido en los primeros momentos, como prisionero, permanecía entre los franceses, recibió el encargo de participar a las autoridades que el general francés estaba dispuesto a tratar las bases de la capitulación.

Al efecto acompañado de varios oficiales y cierto número de dragones, entró en la población por el punto que ofrecía menos peligro, y acompañado de otras personas influyentes recorrieron las calles, con objeto de que cesasen las hostilidades y entablara las negociaciones. Con algún trabajo y muchas voces de paz lograron hacerse oír de paisanos y soldados, consiguiendo apagar el fuego de fusiles y escopetas. El fuego que devoraba las casas, aunque libres de la guerra procuraron extinguirlo, continuó por la noche y aun en todo el día siguiente no cesó de salir humo de las ruinas y pajares.

En la precisión de reunirse el Ayuntamiento para estipular las condiciones de la paz, buscaron al Alcalde mayor, y no encontrándole por parte alguna ni quien diera razón de él (2), se reunieron Juan Ro-

(1) D. Mignel Agustín Príncipe *Guerra de la Independencia*, Tomo II. Madrid, Imprenta del Siglo. 1846. Pág. 222.

(2) Permaneció escondido, durante el ataque, en el cañal del huerto de don Víctor Lorente, que después pasó a don Gregorio Megía y más tarde a la familia Elola. Es el huerto calle de Triana núm. 6, que linda con el molino de aceite de la plaza de San Nicolás.

jo, alcalde de segundo voto o por el estado general, a quien Ligier llamó valiente, Juan Flores, don Francisco Domingo Valiente, José Casero, Alfonso Molero y José Pareja, y acordadas las bases marcharon, con el carácter de municipales, a la tienda de Ligier-Belair, situada sobre la carretera, frente al desembocadero del camino del Atochar.

«Se avistaron con el general enemigo, dice un historiador (1), el cual contando ya muertos más de ciento de los suyos, fácilmente convino en las proposiciones que le hicieron.» Debemos hacer constar que «la lucha no concluyó sino por mutuo acuerdo (2)» y que «Ligier-Belair, temeroso de la ruina de los suyos, escuchó las proposiciones y convino en ellas (3)» «El resultado de aquel parlamento fué todo lo lisonjero que esperaban los de Valdepeñas. (4)»

Las proposiciones de los valdepeñeros se reducían a que los franceses se retirasen a una legua de la población, donde el pueblo, sin pérdida de tiempo, llevaría las raciones y demás auxilios que necesitasen. Que al día siguiente, franceses y paisanos, olvidando lo pasado, se dedicarían a enterrar cadáveres, curar heridos y recoger las armas y pertrechos militares, diseminados por la población, a cuyo solo efecto entrarían los franceses en la Ciudad, después de salir el sol, siendo acompañados de las autoridades.

Ajustada así la paz, con la promesa solemne de respetarse los unos a los otros, las tropas se retiraron de la población, retrocediendo por la carretera campando en despoblado, donde al oscurecer de dicho día 6 de Junio, se condujeron las raciones necesarias.

Un pregón anunció al vecindario las condiciones estipuladas, y el castigo en que incurriría el que tocase a los cadáveres, armas y efectos militares, o molestara a los franceses al día siguiente cuando penetrasen en la población a recoger lo que les pertenecía, con lo que transcurrió la noche con relativa tranquilidad.

Al día siguiente, 7 de Junio, según convenio (5), las tropas francesas regresaron a la población y acompañadas de las autoridades y otras muchas personas, recogieron las armas y demás efectos que permanecían tirados por la Ciudad, siendo de notar que a los cadáveres no faltó objeto alguno. Soldados y paisanos dieron pruebas de verdadera reconciliación, hasta las dos de la tarde, en que terminada la faena de los franceses, salieron de Valdepeñas dirigiéndose a Manzanares.

Ligier-Belair viendo quebrantado el espíritu de su tropa y suponiendo que le harían también resistencia los demás pueblos por donde tenía que pasar, hasta incorporarse a Dupont, «no atreviéndose ya a seguir adelante por temor de encontrar obstáculos parecidos, retrocedió a Madrid (6).» En la continuación de la historia de España de Mariana, se dice: «los franceses quedaron tan acobardados que no atreviéndose a cruzar Sierra Morena, por suponerla ocupada por los paisanos, contramarcharon a Madrid (7).» Toreno se expresa en estos términos: «la cortiada había sido tan reñida que los franceses escarmentados no se atrevieron

(1) D. Juan Díaz de Baeza. *Historia de la guerra de España contra el Emperador Napoleón*, Madrid. I. Boix, editor. 1843. Pág. 79.

(2) *Historia general de España*. Mariana. Tomo V. Madrid. 1851. Pág. 179.

(3) Toreno. Tomo I. Lib. IV. Pág. 109.

(4) *Guerra de la Independencia*. Por don José Gómez de Arce y Moro. Tomo II. Madrid. 1875. Pág. 218.

(5) Acaso se escribiera, pues dejaron los franceses «a esta villa una carta de seguridad para que aunque viniesen otros franceses no se metiesen con nosotros.» García Maroto. MS. Páginas 42 y 43.

(6) D. Modesto Lafuente. *Historia general de España*. Tomo XVI. Barcelona. 1889. Página 340.